

Epoca dictatorial :

## Bruma

JUAN GUILLERMO TEJEDA LN 17 de diciembre de 2006

*Nuestros jueces de traje fiscal se atenían al espíritu y la letra de algún convenio oculto que algún día saldrá a la luz. Nos asqueaban esos arreglines, pero poco hicimos por evitarlos. Queríamos vivir en paz, aunque fuera una paz de humillación diaria. Nuestros obispos nos invitaban mansamente a la concordia, a orar por Chile, y orábamos mientras la bestia celestial sonreía.*



Era como una nube de hollín en el cielo, una gigantesca mancha de ojos astutos, una bruma rojiza e hinchada en traje militar o de paisano, flotando noche y día sobre nuestro horizonte. Con los años, el rostro feroz se había ido blanqueando. Las venas reventadas aquí y allá hablaban de un lento deterioro y pese a ello seguíamos entreviendo aquella forma detrás de la cordillera, más allá de los semáforos, en cada muro desconchado de la patria. Bonachona la sonrisa, caídas las cejas, ahí estaba la picardía de un chileno común y silvestre convertido en dictador intocable

y vitalicio. En ese paisaje sofocante hemos pasado una parte considerable de la vida.

El genial Woody Allen nos propuso alguna vez la figura infinita de su madre sobre Manhattan, y la película, una de las tres “Historias de Nueva York”, duraba apenas media hora. Nuestra nube, nuestra película, nuestra pesadilla patriarcal, se ha proyectado ininterrumpidamente durante 33 años. El cuerpo mismo de la cosa se disolvió, finalmente estalló en pedazos, fueron incinerados sus restos, dejando tras suyo un pequeño huracán de impropiedades. Pero si observamos otra vez el horizonte notamos aún allí su peso, su aura invertida proyectando una sombra duradera sobre nuestra convivencia.

Tras la muerte de su líder, los amantes de la dictadura han mostrado, más que pena, indignación, esa ira de siempre, aquella necesidad de ser felices con la humillación de los demás. Nosotros, menos entusiastas de aquel estilo, hemos soportado ese cactus monstruoso, esa niebla paisajística llena de veneno, y le hemos dedicado a la cabeza enorme y flotante 33 años, o sea 12 mil días con sus noches, algunas de ellas insomnes. Lo soportamos gimiendo o sin siquiera gemir cuando llegó, con las cejas y el bigote negro imponiendo bandos. Lo vimos mandar y hacer mandar, matar y hacer matar, robar y hacer robar, mentir y hacer mentir, engordar, envejecer, mover su capa, lucir su perla, empuñar el bastón nudoso, todos sus gastos siempre a cargo del Estado, al cual odiaba y despreciaba. La pantalla del universo era su morada, y no había modo de apagarla.

“Ya no es un factor relevante”, decían leyendo un papelito el ministro o la ministra, el Presidente o la Presidenta, y al salir de la entrevista miraban con el rabillo del ojo hacia el cielo, y desde allí los ojitos azules les sonreían animosamente. Que le mandaran a los jueces españoles, a los lores ingleses y a los apocados jueces chilenos, y total para qué. Más fama. Más resistencia comprobada. El discurso del sentido común, los diez mandamientos, las convenciones internacionales, las leyes de Código Penal... todas esas fruslerías se estrellaban como olas del mar ante la roca de su efigie. El hombre era incombustible, y así lo entendimos. Nuestros jueces de traje fiscal se atenían al espíritu y la letra de algún convenio oculto que algún día saldrá a la luz. Nos asqueaban esos arreglines, pero poco hicimos por evitarlos. Queríamos vivir en paz, aunque fuera una paz de humillación diaria. Nuestros obispos nos invitaban mansamente a la concordia, a orar por Chile, y orábamos mientras la bestia celestial sonreía.

Como quien tiene atrapada su casa por una hiedra cuyo tamaño hace imposible cortarla, o como el que pasa sus días soportando una enfermedad degenerativa, los chilenos aprendimos a vivir con él. Y nos subimos en los autos japoneses que compramos gracias al sucio modelo neoliberal de los Chicago Boys. Empezamos a viajar al extranjero, los chilenos, que no íbamos ni a Mendoza. Metimos el cuerpo en ropa de marca, nos rapamos el cráneo, nos hicimos adictos a los malls y a los McDonald's, nos conectamos a Internet. Entramos en los top ten de las fortunas latinoamericanas, del tenis, de lo que fuera espumoso y moderno. Desde la maleta del auto nos brotaba de repente un olor a tortura un poco inconveniente, y sobre el microondas notábamos de vez en cuando un salpicado de gotitas de sangre. ¡Esos malls edificados sobre la tragedia! Fue el nuestro un desarrollo económico con el silencioso sabor de la traición, traición a nuestros propios ideales, vuelta la espalda hacia los perdedores. La imagen de los desaparecidos nos visitaba muy de tanto en tanto, eran relámpagos fugaces de los que era más prudente no hablar, mientras en el aire prosperaba él como un musgo. Mamamos de su leche envenenada: la verdad mezclada con la mentira, la salud mezclada con la enfermedad, la política mezclada con la guerra, la justicia mezclada con la medicina, el poder mezclado con el

asesinato, el progreso mezclado con la infamia, la administración mezclada con el robo, la astucia mezclada con la patria, la seguridad nacional mezclada con la tortura, el servicio público mezclado con la astucia, los honores mezclados con la vergüenza. Esos han sido nuestros alimentos.

Pero seguramente volveremos a acostumbrarnos algún día a los cielos despejados, o se acostumbrarán nuestros hijos, nuestros nietos. Se disolverá y se olvidará del todo, para siempre y sin remedio, esa bruma sofocante que aún nos pesa, aquella sonrisa burlona que navega por nuestras venas, y en la ecología de la patria se reciclarán sus últimas partículas radiactivas. Entrenaremos a nuestros pulmones en el antiguo arte de respirar un aire sin hollín, sin sangre y sin culpa. Tendremos que aprender poco a poco, lentamente, a vivir sin nuestro enemigo. LN



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:  
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007